

SI nosotros hemos apuntado un trayecto de almazaras por la ruta de Fortuna¹, no podemos dejar en el olvido otros molinos aceituneros de indudable enjundia que se encuentran en parajes diversos, aunque no alejados de aquella villa. Nos referimos a los núcleos de Molina de Segura en cuyas pedanías se encuentran reductos de envergadura, ermitas y casas de campo en completo abandono pero donde se aísla una concepción distinta de la vida, como forma de trabajo directo con la tierra, como esquema de un modo de hábitat que ha pasado a la historia y que nosotros venimos defendiendo, desde nuestra ruta por esas zonas solitarias y llenas de historia, con el anhelo de evocar aquella existencia humanizada, donde el agricultor, el campesino formulaba su relación con la naturaleza a través de la utilización de unos medios, artefactos precisos y necesarios para su mantenimiento, algo que se ha ido perdiendo y con ello la raíz, lo gestual y el rito de las venerables faenas que eran el soporte y la gracia del vivir.

Hay parajes como los de la Hornera que se fundamentan en el sonido mismo del tiempo perenne y con el sabor de aposento que rezuma trajín de venerable molino aceitunero. Se trata de la presencia de la almazara, una de tantas que se conservan en el interior de esta zona cercana a urbanizaciones y que viene regentada por una familia cuyo dueño actual es Antonio Riscal García. Se trata de la almazara de Riscal, como halla su denominación en los registros de estos libros destinados a faena tan importante en el mundo agrícola.

Antonio Riscal es un campesino de pro que no frisa más de los sesenta años,

labrador en otra época, de familia cuyos ascendientes provienen del norte; es un hombre empecinado en guardar la memoria y con ella todo lo que sepa a rasgo del pasado campesino, quiero decir que es uno de los pocos personajes que aman la tierra donde ha vivido, el trabajo desarrollado, la carga de todo ese mundo que forma parte de su vivencia. Se puede decir que vive de los recuerdos, del milagro de cada día que le asombra desde su estancia en el cortijo que habita y donde se encuentra su almazara, sobre una loma desde la que se domina hasta la loma del Muerto.

Ya su padre, don Antonio, inició la construcción del molino con todos los atavíos y dentro de la normativa legal que se encarga de tales construcciones, que han de estar en lugar umbrío y se puede afirmar que ya en el año 1940 estaba funcionando, a la manera clásica, es decir con el mulo dando vueltas y vueltas en torno a la mesa circular. Lo que sucede es que, precisamente en aquellos años, tras la terminación de la guerra civil patria todo se movía de una manera siniestra y se controlaba cualquier actividad por menuda que fuese. Lo de las almazaras fue sonado, pues la inspección acuciaba cualquier gesto y los campesinos habían de trabajar ojo avizor, en evitación de sanciones establecidas y de estas cosas sabe mucho Antonio Riscal que no tuvo más remedio que hacer roncar los milenarios engranajes de los rulos de tal cubículo, para escanciar el líquido alimento de tanta necesidad en aquellos días y como dice el campesino, entonces “se molturaba el aceite a escondidas”.

Lo cierto es que funcionaba perfectamente todo el grave tinglado del molino,

se ponía en movimiento por la energía del mulo la completa urdimbre de su tramado en una cíclica y ordenada conjunción de elementos y ello duraba día y noche, toda la familia unida en esta faena milenaria, con los turnos en la actividad y las consabidas cuitas de viejos sabores que nos evocan una época motivada en ese hacer, en la recogida de la oliva y en la presencia rítmica de los momentos dedicados al proceso de aquella noble actividad en el interior del molino. Una faena que se llevaba a cabo con la ilusionada expresión de dar acopio a la cosecha de la aceituna en el entonces denso olivar de este paraje, en las casonas de los *Dávalos* y en la *Casa de las Palomas*, ésta última en la cercanía de la pedanía de los Valientes, o en la importante almazara de la *Alcaina perteneciente a D. Luis Barranda*, y sus caseros, los Rentas, en el lugar que hoy es un montón de ruinas, aunque se conservan los artefactos como viejos destrozos que el tiempo ha ido descomponiendo, todavía hoy se puede contemplar este caserón abandonado, con los restos esperpénticos de lo que fueran los elementos del molino.

Y aún se anota con nostalgia el típico molino de la Carriona, que según hemos investigado se trata del molino de aceite más antiguo de este partido y que funcionaba con “pértigas” o pilastras de piedras donde se prensaba el fruto, aunque ya no existe esta almazara, de ella tan sólo la memoria queda y algún resto que conserva Antonio Riscal, como la cúpula de las prensas, un auténtico monumento que pertenece al siglo XVIII¹.

La almazara de Antonio Riscal se encuadra en una de las viejas mansiones dedicadas a la molturación del aceite, cuyo origen data de los años 1940, construida

con piedra de yeso que se traía de la loma del Muerto a no muchos kilómetros del paraje, contiene en su interior todo un vademécum de elementos adaptados a la forma actual de funcionar mediante la disposición de un motor que es el que inicia la labor precisa, en los meses de invierno que es cuando comienza a dar muestras de vida, pero sin aquella estampa típica ni el ajetreo de los labriegos que llegaban a integrarse en la densa misión de colaborar con el engranaje del molino, lo que significa que aquel mundo que se disponía en torno al mulo, los personajes que proporcionaban su propio estilo han quedado desfigurados, como otras tantas faenas típicas campesinas, como la labor de la trilla en la era, la de aventar la mies, etc., lo que significa que también se ha ido olvidando todo el gesto ritual de una labor tradicional, que formaba parte del orden familiar, ese contacto preciso y directo entre los componentes de la almazara, que ahora simplemente funciona mecánicamente, como la mayoría de las almazaras que hemos ido estudiando, pues tan sólo de aquella calidad se muestran los alifafes, a veces con sus roncossidos y bellísimos empiedros o piedras cónicas que a modo de rulos siguen fijos en su sitio eternamente.

El almazarero a la vieja usanza y en este sentido lo es Antonio Riscal, echa de menos aquel mundo del pasado molinero, cuando se aprestaba el mulo y se advertía a cada peón su situación en su labor, tanto de la recogida de la aceituna, lo que conllevaba un específico trabajo de paciencia y rigor, cosa que aún se realiza por los medios modernos, hasta su entronque en el interior del aposento donde se pergeñaba una vibrante y sensible expresión del trabajo del hombre, dentro



del proceso de la molturación, es decir en la mágica intervención de cada uno de los aportes y basamentos que integra el molino, donde se depositaba un hacer acomodado y en orden, hasta conseguir el líquido aceite, como señal de un resultado anhelado y buscado a lo largo de todo un año de preparación. Pero es que en todo ese místico y largo engranaje de aspectos, se fundamentaba una ilusión del campesino en función de su familia y de los partícipes en los beneficios, como una espera que se santificaba día a día, retomando el influjo de los libros sagrados de las viejas religiones como el axioma del Vendidad, que después se refleja en la Biblia, sobre la santidad del trabajo agrícola, que desgraciadamente se ha ido decauperando y hasta sofisticando, para concluir en el momento presente de desgarrar y desilusión provocado por la civilización vigente. Hoy la contemplación de aquellos instrumentos del viejo campesino o huertano, nos delata una pérdida en la sacralización del hombre con la naturaleza y nos lleva al hastío de una monotonía, que es la ausencia de aquella vibrante vida que se escanciaba junto a aquellos mágicos instrumentos que eran base de su cultura, de su misión y de su folklore, donde se recreaba todo un tinglado de canciones y de retahílas que se han ido perdiendo. Es cierto que el campesino ha ganado en comodidad, cosa que estimamos indudable pero se ha descompuesto el ritmo, la relación dual entre el hombre con la tierra, su contenido ritual, aunque hay que admitir la realidad, tan sólo queda el recuerdo, la poética de aquel mundo al que nosotros tratamos de rendir homenaje, como a sus enseres y ceremonias auténticas.

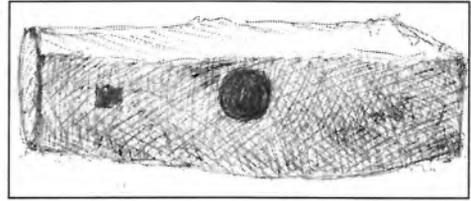
En ese contenido está la grave y so-

lemne recreación de aquella actividad que iba gestando el auténtico clima de la faena, con el encuentro del hombre y la naturaleza en la misma recogida de la aceituna para trasladarla al *atroje o alforín*, tantos como dueños tenía o participaban en la recolección desde cuyo espacio, dentro del molino se daba inicio a todo un tramado de licuación del fruto por medio de todo un tinglado de elementos rústicos y dispuestos con la gracia y técnica de una ingeniería clásica que se remonta a nuestros antepasados, sobre todo basada en la potencia y energía en un principio a base del esfuerzo humano, mediante el "trajetun" y que se fue transformando a la manera de las almazaras observadas, donde predominan los simples basamentos o útiles *como son el rulo cónico sobre una solera circular (mesa circular), un mayal que hace andar el rulo, con el eje que lo enfoca al árbol o alfange*, junto a todo aquello la tolva y cibera que recoge la fruta para trasladarla a la molienda con la utilización de la energía de la bestia; va formulando el entresijo del proceso de la molturación mediante el ritmo del tiempo acompasado por las horas en franca comunión con la vida encuadrada en esa actividad que se hunde en la misma interioridad del molino, con sus rostros enmarcando la justa habilidad del esfuerzo milenario, que allí, se desarrolla, con su vibrante sonoridad de antañona medida vivida al compás de los días precisos, en la alegría por la recolección de la aceituna y preparación del aceite apetecido, una vez que se termina el proceso de su depuración, *extraída la pulpa y habilitada en los capachos, para instar la ceremonia del prensado*, en aquellas típicas y soberanas prensas olorosas y perennes, fieles a su rol, con su cúpula y las cuatro vírge-

nes o columnas, con los orificios del pistón.

Visitar estos aposentos recios y sombríos, es como un tornar a un mundo distinto, en que todo el armazón de objetos, los espacios y ventanucas, cada uno de sus enseres como el capacho, la criba, las potentes piedras cónicas, la mesa circular y los otros anodinos que se destacan por su entorno, mezclados con un color de tiniebla, con las sombras anchurosas que se estrechan en los cubículos de la almazara; nos hace revivir un tiempo pasado, acaso con cierta nostalgia porque ahora todo se ha mecanizado y basta con darle a una palanca para que todo el tinglado del molino se ponga en funcionamiento, para que cada pieza se ajuste, una vez preparada previamente, a su misión o destino, pero sin aquel cúmulo de aspectos que la humanizaban y era la expresión misma de un hacer costumbrista. La almazara de Antonio Riscal funciona en su tiempo pero con los aditamentos de la nueva técnica, lo que supone un avance, pero Antonio sabe que esta forma no responde a la vieja pureza de aquella época idílica, donde se daban cita en ella gentes diversas y se apiñaban en una gesta de interioridad y de creación, con los tiempos útiles y del descanso, en que los campesinos se reunían para realizar la comida, en un ritual significativo y de por medio las canciones de la aceituna que formaban parte de esta expresión agrícola.

El interior de la almazara responde a los nuevos tiempos, sigue contando con sus elementos singulares que le marcan una impronta típica y muy pintoresca, como de grabado de Gustavo Doré que nos gusta recrear y esbozar, con sus profundos encuadres que la adornan de un color regio y oscuro como delimitando



Cúpula de la prensa que pertenecía a la almazara de la Carriona y que se encuentra en el cortijo de Antonio Riscal, de la Hornera. Su procedencia es del siglo XVIII.

su santuario del aceite. Hay otras almazaras que no funcionan y sostienen sus espectros como almas en pena que formulan sus quejas a quienes de alguna forma las visitamos, están dentro de viejos caserones destruidos y éstas sí que nos llenan de nostalgia y nos inundan de melancolía, porque son aparejos que estarían dispuestos a funcionar si un alma noble y misteriosa les dijera: “¡Poneos a trabajar!”.

BIBLIOGRAFÍA

1 Las viejas almazaras de la villa de Fortuna. S. Mira, 1994.

2 Hemos apuntado que la almazara más antigua de esta zona de la Hornera es la de la Carriona, que sin duda poseía unos elementos arcaicos y muy dignos a tener en cuenta, como la famosa pértiga a manera de prensa y que Antonio Riscal, posee en su morada campesina, aunque inutilizada. Este campesino es interesante por su amor a la etnología campesina amén de un viajero por diversas tierras del mundo, donde ha aprendido a saber mirar el pasado, posee en su cortijo muchos objetos relacionados con la faena de la aceituna, además de una máquina construida por él, de cortar leña, muy atractiva y desde luego con asombrosos efectos. Posee en mente otros inventos de este tipo aunque más avanzados que esperamos los realice para bien de la humanidad.